

*En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».*

Hoy Jesús nos invita a ponernos delante de nuestra vida, y a ver qué es lo que nos cansa, qué es lo que nos agobia.

¿Qué es lo que me cansa? ¿Qué es lo que me agobia? Todos estamos de acuerdo que vivir la vida requiere también hacer esfuerzos, que evidentemente nos cansan. Pero cuando hacemos un esfuerzo que vale la pena, ese cansancio y el agobio no nos pesan. Por ejemplo, los padres son capaces de hacer los esfuerzos que sea por el bien de sus hijos. Se cansan, se agobian, incluso se agotan, pero no les pesa. El cansancio que pesa, es el que no le sé encontrar sentido. El agobio que pesa, es el que me saca de mi vida cómoda, el de mi pereza, el de mi egoísmo. Por otra parte, también me cansa y me agobia dar excesiva importancia a lo que no la tiene.

En el fondo, lo que me cansa, lo que me agobia, es mi falta de amor, es mi propia incapacidad de renunciar a mí mismo. Este es el yugo ligero del que nos habla el Señor: el yugo del amor, el yugo de su amor que Él lleva. Cuando actúo sobre todo por amor a Dios y a los demás, por muchas dificultades y contradicciones que viva en la vida, Dios me da la paz del corazón.

En muchos lugares los hombres buscan esa paz interior verdadera, pero solo Jesús la puede dar. Ese es el testimonio que el mundo necesita encontrar en la vida de los cristianos.

Ahora venimos a Jesús. Descansemos en Él nuestros cansancios, nuestros agobios, nuestras quejas, nuestras preocupaciones. Confiemos que Él es el amo y el guía de nuestras vidas. Abandonémonos a su Providencia, y dejemos de intentar controlarlo todo nosotros mismos. Dios tiene su propia manera de conducir los acontecimientos y nuestra historia personal.

Pidamos con María a Jesús que en esta Eucaristía entre en nuestras almas, que seamos dóciles, que nos dejemos purificar el corazón, que nos dejemos transformar y guiar por Él de verdad.